

Tintero

# Scarlett O'Hara en Texmelucan

Álvaro Matute

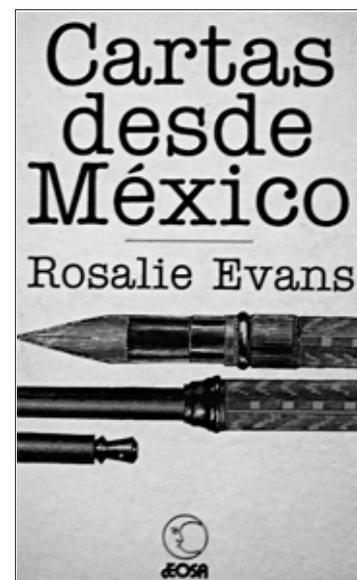
Desde su regreso a México en 1918, después de haber enviudado, Rosalie Caden Evans sostuvo una enorme y frecuente correspondencia con su hermana Daisy Caden Petus, quien la editó en 1926, dos años después de la muerte de Rosalie. La lectura de las cartas, traducidas al español en 1986, con un estudio introductorio de Eugenia Meyer, podrá encontrar a una vehemente defensora de su propiedad. Batalló con representantes de los tres niveles de gobierno, presidentes municipales, gobernadores (de Puebla), secretarios de Estado y presidentes de la República (Carranza y Obregón). Su defensa fue contra la reforma agraria que intentaba repartir las tierras de la hacienda de San Pedro Coxtoacan, adquirida por su marido, Harry Evans, británico, tras haber renunciado a la presidencia del Banco de Londres y México. Ella era oriunda de Galveston, Texas, y contaba con 33 años de edad en 1910. Los Evans hicieron que la hacienda fuese productiva. El casco databa del siglo XVI y se hallaba en abandono cuando la adquirieron. Residieron en su propiedad, ubicada cerca de San Martín Texmelucan, y al estallar la Revolución decidieron salir del país.

La lectura de las cartas, que pueden hacer las veces de un diario, sugiere un cierto paralelo entre Rosalie Evans y Scarlett O'Hara. Al quedarse sola demuestra una voluntad inquebrantable para salir adelante. Podría parecer ocioso, pero no lo sería del todo, contar sus frecuentes viajes a San Martín, a Puebla y la Ciudad de México. A veces lograba detener las acciones y se le dejaba en posesión de sus tierras, las cuales eran trabajadas, y sus productos, principalmente trigo, eran vendidos a los molineros poblanos, pese a que pretexta-

ban fallas de transporte para no sacarlas de la hacienda. Ella conseguía cómo moverlos e impedía que sus cosechas se malograran. En ocasiones, los gobiernos, especialmente el federal, le daban escolta para impedir la invasión de la hacienda. Para su seguridad personal, ella optó por adiestrarse como buena jinete y practicó el tiro con pistola. Su condición de británica de origen estadounidense la colocaban en una situación delicada, sobre todo cuando los Estados Unidos desconocieron al gobierno de Adolfo de la Huerta y consecutivamente al de Obregón.

La humildad no era su característica principal. En ocasiones se hacía acompañar con su perra a audiencias con funcionarios. De quien recibió el mejor trato fue del secretario de Relaciones Exteriores, Alberto J. Pani. Le dio ciertas esperanzas, cuando, ya en 1922, ella había adquirido un liderazgo notable y había sabido mover a los encargados de negocios de las embajadas de los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Aprovechó la relación con los enviados norteamericanos a las conferencias de Bucareli. Cuando éstas se celebraban vivió cierta tregua, aunque nunca tuvo tranquilidad. A veces los problemas surgían al interior de la hacienda, ya que su personal no era del todo confiable. En otras ocasiones las tierras eran invadidas, para después ser desalojadas.

Con la rebelión delahuertista, Rosalie tuvo como interlocutores al general Juan Andreu Almazán y a sus colaboradores. Hay indicios de que muchos quisieron utilizar el agrarismo para quedarse con la propiedad y no repartirla a los campesinos; en otras, los agraristas de la zona reclamaban que las promesas fueran cumplidas. Su entrevista con Obregón puso de manifies-



to que entre ellos privaba una antipatía mutua. Un joven texano, al que conoció en México, decidió acompañarla a San Pedro. Las cartas revelan también su desprecio por los mexicanos. Con los que le servían podía ser magnánima; con sus enemigos era implacable. Su lenguaje era violento y altanero. No importa si se trata de políticos encumbrados o de campesinos pobres. No distingue por clase. Incluso es dura con sus propios paisanos cuando no siente que la apoyan. Algunos de ellos no consideraron correcto que escribiera en la prensa de los Estados Unidos, sobre todo cuando había negociaciones. Ella, en cambio, saboreó el éxito de sus artículos.

Por fin, a principios del mes de agosto de 1924, en un viaje a su hacienda, de regreso de Texmelucan, acompañada por John Strathaus, un joven texano que colaboraba con ella, fue asesinada. Gracias al historiador Servando Ortoll, quien encontró tres documentos muy reveladores, podemos saber que la orden de su muerte salió del mismísimo Palacio Nacional, con la recomendación de que pareciera un asalto. Para cumplirla, robaron la raya que portaban para pagar a los peones. El gobierno prometió que los culpables serían castigados. **U**